

Cavour. Le trastornó en sus especulaciones, y afectaba además actitudes violentas y agresivas que le asustaban. Las provocaciones contra el Austria le parecían tan locas como peligrosas. El poder le pasaba por encima, sin que él entrase en ninguna combinación ministerial; ni siquiera fué elegido diputado: razón para que juzgase malo todo lo que se hacía sin su concurso. Hasta junio de 1848 no fué elegido, pero esta vez lo fué por tres circunscripciones, las de Monforte y Cigliano y el primer colegio de Turín, que representó hasta su muerte. En la Cámara, su aptitud para la gobernación pública se afirmó de tal manera que, una vez restablecido el orden, se encontró naturalmente designado para uno de los ministerios. En octubre de 1850 entró en el gabinete De Azeglio como ministro de Agricultura, Comercio y Marina. Se dijo que el rey lo había llamado á sus consejos con cierta repugnancia. «Tenedlo bien entendido, señores, dijo á sus ministros; ese os quitará las carteras á todos.» De Azeglio lo sabía, pero no estaba más que medianamente dispuesto á defender la suya.

Todo el mundo conocía la habilidad de Cavour. Una vez ministro, excedió á las esperanzas de sus amigos y á las aprensiones de sus adversarios. Pocos meses después de su entrada en el gabinete, De Azeglio escribía acerca de su nuevo colega: «Cada día estoy más satisfecho de la adquisición de Cavour, que es un verdadero gallo inglés, especialidad que nos faltaba (1).» Varios grandes debates sobre la libertad comercial y la hacienda aumentaron aún más la reputación del nuevo ministro. Pero ya hacía sombra á sus colegas. «Tiene malas pulgas,» decía uno. «Es déspota como un diablo,» repetía otro.

Cavour, entonces en la madurez de la edad y de las fuerzas, no podía contener por más tiempo sus impulsos dominadores. Su fisonomía era ya tal como había de mostrarse en lo sucesivo. Al verlo pasearse familiarmente por las calles de Turín ó escuchar con aparente distracción los debates de la Cámara, nadie hubiera adivinado en él al futuro dueño de Italia. Su baja estatura, su miopía, su gordura precoz, cierta apariencia de descuido vulgar, todo alejaba de él á las masas. A falta de dotes atrayentes, tenía cualidades que subyugaban, gran claridad y sencillez de miras y un buen sentido que no ofuscaban ni la rutina, ni la pasión, ni el prejuicio, algo de luminoso que hacía nacer la convicción ó la imponía, prontitud en resolverse y energía en realizar lo que había resuelto. Durante aquellos largos años de aprendizaje y de espera había hecho acopio de toda clase de conocimientos, verdadera enciclopedia, á la cual acudía su memoria con un orden metódico como á un tesoro prudentemente reunido, cuidadosamente guardado y claramente rotulado. Una increíble fuerza de trabajo le permitía atender á todo, á los asuntos políticos como á los negocios privados, á los detalles lo mismo que á las generalidades, siempre con ánimo dispuesto, nunca abrumado ni aburrido. Aquella aptitud para abarcarlo todo maravillaba á sus colegas, que por él sentían tantos celos como admiración. A él poco le importaba ser admirado con tal de ser obedecido. No hubo nadie más indiferente que él á las pompas exte-

(1) Carta de Máximo de Azeglio á sir Abercromby, 31 de enero de 1851.

riores, y no había homenaje que le satisficiera del todo, si no esperaba del mismo algún provecho. No despreciaba instrumento alguno, desde los diplomáticos extranjeros hasta los conspiradores cosmopolitas, desde los más altos señores hasta los más humildes artesanos. Para las misiones especiales empleaba á sus mismos adversarios, con tal de que fuesen de reconocida competencia para el caso; así es que no dejaba perder ninguna fuerza social y adquiría además una fama de imparcialidad de que se servía á veces. No era afecto á nadie y permanecía indiferente á todo, á excepción de su persona y de su país. Aquel desprecio general lo ocultaba hábilmente bajo un aspecto bonachón, una amable sencillez y una especie de abandono, como un hombre libre de todo embarazo y sin más cuidado que el de agrandar. Si hallaba alguna resistencia, la destruía con una energía inflexible: de ahí enemistades crueles que en vano procuró aplacar más tarde. Aunque de natural absoluto, le gustaba mucho el régimen parlamentario, considerándolo como el menos embarazoso para el que sabía moverse en él. Y Cavour se movía en él con una desenvoltura perfecta, tan hábil en seducir como en intimidar y corromper, indiferente á las armas, con tal de que fuesen tales armas. En la tribuna se mostraba poco elocuente y se contentaba con hablar el lenguaje de los negocios, pero de los más considerables. Sólo más tarde, en los últimos años de su vida, la grandiosidad de los intereses y de las causas le inspiró de vez en cuando acentos llenos de emoción que asombraron á sus amigos y le asombraron á sí propio. Su concisión, algo seca de ordinario, lejos de ser para él una debilidad, le servía de fuerza. Aquella frialdad estudiada intimidaba; y contra aquella calma imperturbable, contra aquella flemma más inglesa que italiana, el desbordamiento de las arengas apasionadas parecía inoportuno ó ridículo. El Piamonte era un teatro demasiado modesto para genio tan emprendedor. En su ministerio especial, Cavour se sentía estrecho. Lo que necesitaba era la presidencia del Consejo, y sobre todo el ministerio de Negocios extranjeros, que le servía para insinuarse en la política de Europa. Ya se podía adivinar lo que él sería en esa nueva carrera, indiferente á los medios, capaz de urdir á la vez diferentes intrigas y de llevarlas á cabo sin enredar ni romper jamás un hilo, igualmente dispuesto á la sinceridad y á la mentira; prudente al extremo de parecer tímido, y manifestando de pronto sus planes con la audaz sangre fría de un jugador que cuenta con su golpe de vista, con su suerte y sobre todo con las faltas de su adversario; generoso á ratos, y pisoteándolo luego todo según su interés, lo mismo el derecho de gentes que las leyes religiosas, lo mismo las conveniencias que las costumbres, lo mismo los escrúpulos que el honor; demasiado débil para no apelar á la astucia, pero llevándola al extremo de que, merced al juego poderoso de las pasiones ó del drama, adquirirá aires de grandeza; yendo siempre adelante, aunque por vías diversas, ora procurando violentar la fortuna, ora dejándose empujar por ella, como esos buques que, según el estado del cielo, hienden las olas á fuerza de vapor ó despliegan suavemente sus velas al soplo del viento. He aquí lo que desde entonces se hubiera podido presentir. Lo difícil de adivinar era que aquel gran manejador de hombres dominaría no sólo á su rey, al

## V

parlamento de su país, á su país y á Italia, sino que encontraría en el extranjero concursos que parecerían complicidades. Lo que no hubiera podido adivinarse era que de todos aquellos cómplices el más eficaz sería el que era considerado entonces como el monarca más poderoso de Europa. Lo que no hubiera podido adivinarse, era que aquel monarca agotaría por él sus recursos materiales, su crédito y su honor, y esto á pesar de todos los consejos contrarios, á pesar de todos los pronósticos, por simple recuerdo de juventud, por simple impulso de conspirador, pero de conspirador convertido en jefe de Estado.

Entre De Azeglio, que no podía subordinarse á Cavour, y Cavour, que ya no soportaba ninguna superioridad, la ruptura era inevitable. He aquí como estalló. Hacia algún tiempo que Cavour trataba de conciliar el centro izquierdo de la Cámara con el gabinete. El centro estaba personificado entonces por Rattazzi, abogado elocuente, ambicioso, muy ducho en la táctica parlamentaria. A De Azeglio le repugnaba aquella evolución y se disponía á romper para siempre con los jefes eminentes de la derecha, tales como el conde Balbo, el Sr. de Revel y el Sr. de Menabrea, todos partidarios muy sinceros del régimen constitucional, pero cuidadosos de preservarlo de todo contacto revolucionario. En esto, el presidente de la Cámara, Sr. Pinelli, murió, y Cavour quiso darle por sucesor á Rattazzi, á despecho de su jefe y de sus colegas que sostenían otra candidatura. Rattazzi fué elegido, y lo fué gracias á Cavour. Aquella elección marcaba la ruptura definitiva con la derecha é inauguraba la alianza del centro derecho con el centro izquierdo, alianza que se hizo más tarde famosa con el nombre de *Connubio*. Aunque muy resignado á una retirada próxima, De Azeglio, irritado, no quiso caer bajo el peso de una intriga. Llevó su dimisión al rey, que no la aceptó y que, dejado en libertad, reconstituyó un ministerio del que fué excluido Cavour. Este viajó durante algunos meses por Francia é Inglaterra, y durante su viaje tuvo el disgusto de oír en todas partes elogiar á De Azeglio. Hasta en el fondo de Escocia los periódicos le perseguían con el elogio de su rival. Vuelto á Turín en octubre de 1852, tomó la revancha sin combate. De Azeglio había salvado su dignidad; estaba cansado de la vida gubernamental, poco seguro del Parlamento, afanoso de libertad y preocupado por su salud quebrantada. Hizo entrega del poder al rey en el momento en que regresaba Cavour, y como para dejarlo caer en sus manos. Una postrera vacilación estuvo á punto de alejar otra vez del ambicioso la presa codiciada. Por escrúpulo, por deseo de conciliación con Roma, el rey llamó, no á Cavour, sino al noble conde César Balbo. Este significaba la rectitud en los designios, la moderación en la libertad, la paz religiosa, lo contrario de lo que reservaba el porvenir. En aquella suprema tentativa, Balbo fracasó. Más bien impuesto por las circunstancias que deseado por su príncipe, Cavour se consolidó en seguida en la plaza abandonada. Era el 4 de noviembre de 1852, fecha digna de ser anotada en la historia. De Azeglio se retiró algo despechado, pero sin dejar ver más que la alegría del rompimiento de su cadena. Deseoso de volver á su vida de artista, se refugió en su quinta de Cannero, entre el lago y las montañas, mientras Cavour se disponía á formar la Italia.

Con Cavour los planes se precisan y agrandan; los acontecimientos se desarrollan con una progresión bien ordenada que atestigüa una dirección vigilante y vigorosa. El primer cuidado consistirá en crear, mediante una artificiosa y obstinada acumulación de hechos y de cargos, lo que se conocerá con el nombre de *cuestión italiana*. Una vez que esta sea del dominio público, convendrá proclamarla solemnemente á la faz de Europa, como se hará en el congreso de París. Esto será el segundo acto. Cuando esa larga preparación haya puesto todas las cosas á punto, llegará el momento de activar la empresa y de atacar abiertamente al Austria, de hacerla atacar sobre todo por un aliado bastante poderoso para dominar, pero bastante obcecado para limitarse al papel de instrumento: este será el tercer acto del drama, el que terminará en las laderas de Solferino. Seguirá otro acto, el último, no menos sorprendente que todos los demás. Vencida el Austria, habrá que convenir á Italia que debe renunciar á sus viejas divisiones, á su antiguo espíritu municipal, á sus recuerdos de rivalidades y de gloria; habrá que llevar la habilidad al extremo de hacer que las mismas ciudades despojadas aclamen su propia abdicación; habrá que interceptar entre la Península y Europa el rumor de las resistencias ó de los murmullos, y disimular en todas partes la conquista bajo las apariencias de una jovial adhesión; en fin, habrá que establecer y aclimatar, desde el pie de los Alpes hasta los puntos extremos de la Sicilia, las pesadas cargas de las grandes monarquías modernas, tales como las quintas y las contribuciones abrumadoras. Obra inmensa que Cavour emprenderá, que le costará todo su genio y, con harta frecuencia, todo su honor, que consumirá sus fuerzas al extremo de abatirlo prematuramente bajo un exceso de trabajo inaudito, pero que será concluida después de él bajo el poderoso impulso que la seguirá.

Para crear la *cuestión italiana* se necesitaba desde luego persuadir á Europa de que todos los príncipes italianos gobernaban con una incuria increíble, pero que en cambio había al pie de los Alpes un reino tan bien dirigido que podía servir de modelo á todos los pequeños Estados, y también á los grandes. A este fin, el jefe del gabinete sardo se dedicó á modernizar su administración y á darle, no una fisonomía revolucionaria que hubiera asustado, sino aires progresistas é iniciadores. Negociáronse tratados de comercio. El principio de libertad comercial fué varias veces proclamado. Enviáronse delegados á Londres para estudiar las instituciones económicas de Inglaterra. Acordóse la construcción de numerosos ferrocarriles, y la inauguración de la línea de Turín á Génova dió lugar á una fiesta ruidosamente celebrada. Discutiéronse varios proyectos para establecer un servicio de vapores entre Génova y América. De entonces datan los primeros estudios para la perforación del monte Cenis y los primeros planes, más vagos aún, para poner la Alemania en comunicación directa con Italia, ya por el San Gotardo, ya por el Lukmanier, que parecía ofrecer entonces una vía más directa y más fácil. Tan pronto como se anunció la Exposición universal de 1855, empezaron á hacerse grandes preparativos para que el pequeño Piamonte figurase honro-

samente en ella. A todas esas pruebas de una actividad vigilante é inteligente se unió una solicitud constante para la organización del ejército, la instrucción de las tropas y la conservación de las plazas fuertes. En cuanto al régimen parlamentario, aunque gozaba entonces de poco crédito, el jefe del gobierno sardo se guardó bien de deprimirlo: únicamente procuró restringir en las Cámaras la parte de los debates políticos, fomentando, en cambio, la afición á las cuestiones económicas y sociales; de ahí habían de nacer debates útiles que gustarían á los liberales sin disgustar á los absolutistas, desorientarían á los habladores vanos é ignorantes, y sobre todo darían al Piamonte la reputación de un pueblo laborioso, ávido de conocimientos y mejoras.

Cavour tenía puestos los ojos más allá de las fronteras. Considerando tan sólo el interés presente, esa política de progreso intensivo era algo superior á las fuerzas del pueblo sardo; iba á exigir nuevos impuestos, empréstitos más ó menos considerables, y era dudoso que los resultados materiales fuesen proporcionados á los sacrificios. Pero aquel esfuerzo se justificaba plenamente si tenía por objeto llamar la atención de Europa y despertar en ella una simpatía que en lo porvenir se tradujese en una protección eficaz. Importaba, pues, proclamar muy alto, y hasta abultar, las reformas realizadas; presentar como progresos realizados lo que no era aún más que remotas esperanzas; hacerse conferir diariamente, por amigos asalariados, públicas patentes de sabiduría, en una palabra, *dar importancia al Piamonte*, de modo que sus pretensiones insinuadas poco á poco pareciesen en la hora decisiva una cosa muy natural y sencilla. Cavour desplegó en esa presentación escénica un arte consumado que no fué una de sus menores habilidades.

La casualidad puso á su disposición auxiliares muy dispuestos á secundarle. A consecuencia de las últimas reacciones, muchos súbditos de diversos Estados italianos se habían visto en la necesidad de abandonar su país, y después de haber andado errantes por Inglaterra, Francia, Bélgica y Suiza, se habían refugiado en Turín, donde la comunidad de lengua y de costumbres había de suavizar las amarguras del destierro. El gobierno piomontés dividió aquellos nuevos huéspedes en dos partes: alejó ó vigiló hábilmente á los más fanáticos y socorrió pródigamente á los demás, admitiéndolos como postores en las subastas de ciertas empresas, facilitándoles la naturalización sarda, abriéndoles el camino de los empleos públicos y de las cátedras universitarias. Sorprendidos y encantados de tal proceder, los emigrados eligieron en cierto modo domicilio en Turín: entre ellos había lombardos, contentos de volverse á encontrar á las puertas de su patria; venecianos, aunque en corto número, pues reprochaban á la dinastía de Saboya el abandono de su valiente ciudad; parmesanos; modenenses, el más eminente de los cuales, el médico Farini, había sido nombrado en 1851 ministro de Instrucción pública; y, en fin, napolitanos, á quienes enristecía algo el rigor del clima y la vista de las montañas nevadas, pero que se consolaban con la comparación de París y Londres, y se distinguían por su ardor meridional, sus facultades precoces y su aptitud para las especulaciones filosóficas. A la caída de la tarde se pasea-

ban todos por los pórticos de la larga calle del Po, y en sus animados grupos se podían distinguir todos los acentos, todos los idiomas de Italia, como si aquella fusión hubiese sido la imagen anticipada de la fusión más completa que reservaba el porvenir. Cavour no protegía sino á los que quería utilizar. Muchos de aquellos emigrados sabían escribir, conocían lenguas extranjeras, eran tan fecundos en recursos como necesitados de dinero, habíanse creado, en fin, durante sus destierros, relaciones, que aún subsistían, en la prensa y sobre todo en la prensa democrática de diferentes países. Todo esto les designaba para ser corresponsales de los periódicos belgas, suizos, franceses é ingleses que creaban entonces la opinión europea. Bajo el doble aguijón de su gratitud por la hospitalidad piomontesa y de su odio á sus soberanos, desplegaron igual celo en ensalzar á sus bienhechores que en maldecir á los autores de su desgracia. Las menores reformas realizadas ó simplemente proyectadas en Turín fueron señaladas, comentadas y abultadas, y el elogio se reeditó bajo los aspectos más variados, hasta llamar la atención de las personas más distraídas. Todo lo del Piamonte se alabó, el Parlamento que era tan prudente como liberal, el pueblo que era tan robusto como ilustrado, el rey que «representaba el orden constitucional en el Mediodía como Leopoldo de Bélgica lo representaba en el Norte;» se alabó sobre todo al primer ministro, y era justo, puesto que él inspiraba, media y pagaba las alabanzas. La adulación hubiera sido fatigosa, si no hubiese tenido por contrapeso la denigración de todo lo que no era piomontés. Un vasto sistema de denuncias concentró en Turín todas las quejas de Italia; y de Turín, como de una oficina sabiamente organizada, aquellas quejas, admitidas sin comprobación, despojadas de todo comentario explicativo ó atenuante, se esparcieron por toda Europa. Los motivos de queja ó acusaciones variaron hasta el infinito: un día era el gobierno toscano que había detenido á dos súbditos británicos acusados de propaganda protestante, aplicándoles las antiguas leyes del país; otro día eran los jueces de Nápoles que habían pronunciado sentencias arbitrarias; tan pronto era el papa que difería el cumplimiento de todas sus promesas, como era el gabinete de Viena que aumentaba á capricho las cargas militares y financieras que pesaban sobre los infelices lombardos. A dichas quejas generales los emigrados añadían sus propios sufrimientos, lo cual daba á sus correspondencias un relieve particular. Para mayor fortuna de Cavour, aquellos desterrados convertidos en periodistas eran con frecuencia de buena fe, ¡de tal modo les extraviaba la pasión! Aquellas correspondencias eran reproducidas enteramente ó en parte, cuando no eran acogidas á título de información y servían de materiales para algún gran artículo del *Times*, de *La Independencia belga*, del *Siècle* ó de los *Debates*. Entonces Cavour mataba dos pájaros de un tiro, pues después de haber formado la opinión europea por medio de documentos enviados por sus amigos, se hacía remitir á Turín los artículos que aquellos documentos habían inspirado y los presentaba á sus conciudadanos como una prueba del crédito de que gozaba en Europa, y del des crédito en que los demás poderes habían caído.

Aquel sistema, infalible por la repetición cotidiana de los mismos elogios y de las mismas críticas, no se

practicaba tan sólo en materia de prensa, sino que revestía todas las formas propias para impresionar al público. Los diplomáticos acreditados cerca de la corte de Cerdeña, los hombres de Estado que se hallaban de paso en Turín, los simples turistas, eran invitados á atestiguar los progresos del Piamonte, á asistir á las sesiones parlamentarias del palacio Madama ó del palacio Carignán, á admirar el orden perfecto que reinaba en la administración. Tales explicaciones se daban sobre todo á los turistas ingleses, y casi siempre con éxito, pues los *whigs* alababan mucho el espíritu liberal de los piomonteses y los *tories* su antipapismo. Cavour tenía, en la persona del ministro de Inglaterra el más poderoso y el más eficaz de sus amigos. Acreditado en Turín desde 1852, sir James Hudson era uno de esos diplomáticos que no se contentan con obedecer á las instrucciones de su cancillería, sino que imprimen por donde pasan el sello de su carácter personal. Desde el primer momento, la obra de Cavour contó con todas las simpatías del ministro inglés. Este fué su consejero en Turín y su abogado en Londres. Su salón se abría, no solamente á los individuos de la corte, sino que también á los liberales y hasta á los emigrados; y éstos estaban seguros de la calurosa aprobación de su huésped cuando referían sus sufrimientos en las galeras de Nápoles ó en las *duras prisiones* de Austria, cosas todas ellas medio sufridas y medio soñadas, pero que habían repetido tantas veces que realmente las creían ciertas en globo y las hacían creer á los que les escuchaban. Mientras los demás diplomáticos se asustaban de las osadías de Cavour ó permanecían indecisos entre el favor y la desaprobación, sir Hudson no dejaba nunca de defender al primer ministro piomontés y de constituirse en fiador suyo. Su abnegación degeneró en complacencias poco conformes á su dignidad, pues se afirma que, á menudo, los artículos preparados en las oficinas ministeriales de Turín fueron transmitidos por su conducto á la prensa inglesa.

Tales eran los manejos constantes de Cavour para realizarse y realzar á su país. Los menos entusiastas de aquella política eran los ciudadanos pacíficos del Piamonte y de la Saboya; les costaba trabajo persuadirse de que de pronto hubiesen venido á ser tan considerables. Sin duda se alegraban de serlo, y, en su lealtad, estaban bien decididos á no escatimar su concurso al rey. Pero con su alegría se mezclaba alguna inquietud. En aquellos años de 1853 y 1854, la carestía de cereales, la escasez de vino, la insuficiencia de todas las cosechas, les hacían sentir más vivamente la carga de los impuestos aumentados. No se figuraban que la frecuencia de los empréstitos fuese una señal de prosperidad ó de prudencia, y, con una altivez algo melancólica, depositaban en manos de los recaudadores el precio anticipado de su grandeza.

Bueno era realzar al Piamonte, pero todavía era mejor asegurarle un apoyo material. Este apoyo sólo podía recibirlo de Francia, y así lo había comprendido Cavour. Sin embargo, la divergencia aparente de las situaciones ¿no iba á ser un obstáculo? El Piamonte era constitucional, mientras que Francia se hallaba regida por leyes casi absolutas; el Piamonte hacía la guerra á Roma, y Napoleón III hallaba en el elemento católico una de sus principales fuerzas; el Piamonte se aplicaba

á irritar al Austria, y el gobierno imperial se preciaba de combatir á la revolución y defender el orden social de Europa. El lenguaje de los diplomáticos franceses se resintió desde luego de esas disposiciones: «Contened á los emigrados, contened á los periódicos,» tales fueron, después del golpe de Estado, los consejos casi conminatorios del ministro de Negocios extranjeros, señor Drouyn de l'Huys. Bajo tal presión, el gabinete sardo presentó al Parlamento una ley que transfería del jurado á los tribunales ordinarios los delitos de ofensa contra los soberanos ó los jefes de Estado extranjeros. A pesar de esta medida, las recomendaciones continuaron: «¡Cuidado con vuestros periódicos!, repeta el señor Drouyn de l'Huys; vigilad á los refugiados, abstenos de toda provocación.» Pronto disminuyó la severidad. Drouyn de l'Huys no se cansaba de aconsejar la reserva y la prudencia, pero tenía buen cuidado de añadir: «Nuestras advertencias no son más que el resultado de nuestra solicitud; interesa á ambos países el estar unidos (1).» ¿Cuál era el secreto de aquella súbita benevolencia? Cavour no había tardado en saberlo. Un día, á fines de 1852, como el embajador piomontés en París se quejaba al emperador de la malevolencia de algunos de sus diplomáticos, el monarca replicó: «No os asustéis, esas nubes pasajeras se disiparán, y llegará un tiempo en que los dos países serán compañeros de armas por la noble causa de Italia (2).» Dos meses después, el 6 de enero de 1853, estalló un motín en Milán, y el Austria, por vía de represalias, secuestró los bienes de los emigrados lombardos, hasta de aquellos que, habiéndose naturalizado sardos, parecían hallarse bajo la protección de su nueva patria. De Turín partió una protesta muy viva, tan viva que, después de cambiarse varios despachos acerbos, las relaciones diplomáticas quedaron rotas. En esta ocasión no le faltaron al Piamonte las simpatías del emperador de los franceses. «Jamás podré, dijo al Sr. de Villamarina, ministro sardo en París, jamás podré prestar apoyo alguno á los pequeños Estados que se entregan á los excesos revolucionarios.» Pero añadió en seguida con una reticencia llena de promesas: «Hay que esperar que estalle en Europa una gran guerra ó que un acontecimiento cualquiera, por ejemplo, una amenaza de Austria á la independencia del Piamonte, proporcione una ocasión favorable (3).» Como para confirmar este lenguaje, escribió el 20 de marzo al conde Arese: «Cuando el gobierno sardo invoque, conforme me anunciáis, mi mediación equitativa entre Austria y él, examinaré la cuestión, y tened la persuasión de que la examinaré con el deseo sincero de facilitar la solución más favorable al Piamonte.»

En otra conversación con el Sr. de Villamarina, Napoleón III insistió sobre el mismo tema, hablando de grandes modificaciones territoriales que harían revivir las antiguas nacionalidades, y entre ellas la nacionalidad italiana. Como el embajador sardo no se atrevía á creer

(1) Carta del Sr. de Villamarina á Máximo de Azeglio, 30 de octubre de 1852 (Nicomedes Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, pág. 106).

(2) Carta del 3 de diciembre de 1852 (Nicomedes Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, pág. 228).

(3) Despacho de Villamarina, 8 de febrero de 1853 (Nicomedes Bianchi, tomo VII, pág. 229).